

nunca tuvo duda de que le faltara en la mas desecha tormenta: rezaba con atencion todos los dias su Corona, y con devocion meditaba sus Misterios, persuadido á que el afecto á esta soberana Reyna es la divisa de los predestinados, porque ella es la llave del Cielo, que franquea todas las felicidades al Mundo. Tambien consagraba mucha parte de sus afectos al Padre putativo del Hijo de Dios, y con la Santa Iglesia le aclamaba honra de los Angeles y Santos, cierta esperanza de los hombres, y amparo y defensa del Mundo; pues confesando á nuestro Santísimo Padre Señor San Joseph constituido por el Criador de todas las cosas por Esposo de la Castísima Virgen, para que fuera llamado Padre del divino Verbo humano, es preciso venerarle como Ministro de la salvacion de todo el género humano. Era tambien grande la devocion que tenia al Príncipe San Miguel, cuyo nombre le estimulaba al reconocimiento de sus excelencias, y continuamente le pedia su amparo contra el Demonio y sus astucias.

Pero entre varias devociones, fue verdaderamente abrasada la que tenia á la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesuchristo, contemplando el sangriento sacrificio del Calvario, y adorando una por una las llagas por donde el amor se desangró todo, y con humildad agradecida las reverenciaba con muchas Jaculatorias y Oraciones devotas; y para no perder su memoria, tomaba los mas dias rigurosa disciplina, y mortificaba su cuerpo con aceros silicios. En esa misma fuente de luz en que meditaba las finezas de un Dios crucificado por el amor de los hombres, se encendia su corazon en el fuego de la caridad con sus próximos, y así, se condolia

con los pobres y enfermos, y aunque alguna vez acudia al socorro personal de estos, pero muchas veces le era necesaria la mortificacion de no poderlo hacer, por evitar las opiniones del Mundo, y se valia de otro para que visitara los Hospitales y les ministrara los oportunos socorros.

Sin estos reparos logró su comiseracion christiana la ocasion de exercitarla con un pobre muy honrado, cuya casa frequentaba como de virtud notoria: enfermó el Padre de la Familia de una mortal dolencia, y mirándolo con los respetos que si fuera su propio hijo, honestó con ellos todos los esmeros con que se dedicó á cuidar: él mismo le administraba las medicinas y alimentos, sin sonrojarse de los mas humildes oficios; y habiendo procurado todos sus espirituales consuelos, se desveló en su asistencia hasta la última hora, y honró sus funerales, convidando á todos los Ciudadanos para ellos, y á mas de los costos de toda la enfermedad y entierro, repartió limosnas por los Conventos, para que se le dixeran muchas Misas y se le hicieran sufragios.

Aficionado ya á la oracion y ejercicios devotos, descuidaba de su antigua vanidad, como si no hubiera sido su pasion dominante; y aunque en los vestidos conservaba la decencia correspondiente á sus facultades y calidad de su persona, pero en lo interior, aun esto mismo era un género de penitencia que mortificaba su alma, por lo que multiplicaba súplicas al Señor para que le diera luz de su voluntad santísima, para acabar de arreglar en el estado que habia de tomar, su vida, y asegurar en él su salvacion eterna. Estas eran sus continuas ansias, suspirando por verse libre de las prisiones del Mundo;

y anhelando á redimir sus pecados, que le tenian privado de su libertad, expendia mucho de su caudal en limosnas y mandar decir Misas, sin cesar en sus fervorosas peticiones: temia que estas, por tibias, no merecian ser oidas, é interponia las de muchas personas virtuosas, para que le alcan-

zaran del Señor la gracia de verse desprendido de las cadenas en que gemia, y ya le eran muy pesadas; pero le iba preparando la soberana Providencia para Siervo suyo muy señalado, con tan vivos deseos, para proporcionarle su logro segun sus inexcusables juicios.

## CAPÍTULO XVIII.

*Serio desengaño con que Don Miguel Antonio se resolvió á tomar el estado de Religioso.*

ES una felicidad difunta el cadaver mas desdichado que se le dá á la tierra, porque la vanidad presumida de las honras y riquezas, es un fuego fatuo, de cuya luciente pompa instantáneamente desaparece la llamada: fósforo cuyos aparentes relumbros vienen á parar en lúgubres desengaños. Habia enfermado en México Don Juan de Urrutia y Retes, primer Marqués del Villar de la Aguila, Caballero de Santiago y Alguacil mayor del Santo Oficio, y por la confianza y amistad íntima que tenia con Don Miguel Antonio, le encargó que corriese con la trasquila de Ovejas de la Hacienda de la Goleta, y providencias de ajuste de cuentas y avíos de los Pastores, súplica que admitió como de un verdadero Amigo, y que desempeñó en un todo. A pocos dias se agravó el accidente del Señor Marqués, y le quitó la vida; pues así se burlan del hombre la muerte y las desdichas, viniendo calladas, porque no sienta su ruido ni aun el pensamiento: así oprimen súbitamente á los incautos, quando entre las ramas de la felicidad estan mas divertidos.

Fue este inopinado suceso un

susceso que penetró el corazon de Don Miguel Antonio, y le hubiera robado los vitales alientos, si no reventara por los ojos, y desahogara el asombro, llorando con el dolor mas vivo, la muerte de su fiel y amarelado Amigo. No podia arrojar de su imaginacion su cadaver difunto, ni de la memoria sus amables prendas, sus años vestidos de esperanzas, su generosa índole y su urbana cortesia; y como al mismo tiempo contemplaba arruinada toda esa fábrica, sin que todas sus bellas qualidades le sirvieran de reparo, sino antes de reclamo para su ruina, volvía en sí mismo, considerando la fragilidad de la vida, y que su edad, aunque florida, podia ser tambien asaltada de la inexorable parca; y contrayendo el discurso, decia: »Pues si á mí me hubiera tocado la fatal suerte que al Marqués, ¿cómo compareciera yo en el Tribunal divino? ¿En qué lazos enredado me cogia la muerte? ¿Qué proceso tan desquadrado el de mi vida para poder relatarse en aquella suprema Audiencia? ¡O Dios, siempre venerable en tus juicios! Quién sabe si esta muerte es un Correo de aviso que me previene lo cercano de la mia.»

Con estas christianas reflexiones se le infundió un vivo conocimiento de todo lo eterno, y un desprecio inexplicable de todo lo caduco, sacando de él, como necesaria consecuencia, que en aquella muerte habia trazado la mas alta sabiduría su desengaño y felicidad, para prevenir la suya con abandonar al Mundo y sus vanidades, y retirarse á servir á Dios en una vida religiosa. Desembarazado de su encargo y vuelto á su casa, se dió con fervor á la oracion, en cuyas luces conocia que no podia practicar los buenos propósitos de que tenia penetrado el corazon, si no iba desarraigando de él los intereses en que estaba cautivo y sin libertad su espíritu; por eso trató de enagenar la Hacienda de Ovejas, y viendo esto un Religioso que ignoraba sus designios, lo atribuía á escrúpulo de su conciencia, y procuraba disuadirlo, ya con las razones, ya con exemplares de las divinas Letras, pues en los Patriarcas no fueron óbice para lograr una feliz muerte, los rebaños que tenian de Ovejas; pero él muy atento le respondia: «Padre, los Santos fueron Santos, y yo no lo soy, ni todas las cosas son para todos: yo he oido decir que la puerta del Cielo es estrecha, y si voy cargado de lana, llevaré mucho balume, y quizá no podré entrar: quando vaya mas desnudo, será mas fácil mi entrada.» Con este dictámen se deshizo de la Hacienda, pero le era mucho mas difícil desprenderse de la lonja: confuso en discurrir los medios para ejecutarlo venia una ocasion por el campo, y le ocurrió un pensamiento que le dexó absorto, y le costó después muchas lágrimas aun el referirlo. Decia en su interior: «¿De qué sirve la Hacienda? ¿De qué sirve el

dinero? ¿De qué sirven los créditos y Amigos? ¿De qué sirven la calidad y la sangre? Todo esto se queda acá, y la eternidad, Miguel Antonio? ¿Y la eternidad, Amigo? Si no crees que hay otra vida, y esa eterna, eres Herege: si lo crees como Católico, y que ó Gloria para siempre, ó pena para siempre te espera, ¿á qué aguardas? ¿Por qué no acabas de resolverte? ¿De qué sirve la Tienda, pues con ella no se compra el Cielo? ¿Qué vale el caudal, si en este Mundo lo has de dexar, y pasar tú solo á la eternidad? ¡O eternidad! ¡Eternidad!

Así avocaba á la eternidad por consejera, y ella misma le ponía entre aquella célebre division que hay de los dos caminos, uno estrecho, fragoso y sembrado de espinas, otro ancho, delicioso y adornado de flores, pero de muy diferentes destinos, porque el fin del primero, es la puerta del Paraiso, por donde se entra á gozar del incomprehensible bien que hace Bienaventurados á los Santos con la vista inmediata de Dios: el otro va á parar en el abismo de inextinguibles llamas en que los infelices condenados se abrasan, y así, le decia: delante de tí tienes esos caminos: ambos son de igual longitud, que es el tiempo de la vida, y siendo preciso que andes uno de los dos, mira qual escoges, ó un penar breve, pero después un gozar eterno, ó un breve gozar, pero después eternamente padecer. Esta memoria le dexaba lleno de espanto y de desprecio de todo lo que engrandece la fantasia y el engaño, pues aunque las humanas glorias fuesen mucho mas abultadas, y fuese gigante la estatura de sus dichas, las hacia despreciables el ser tan caducas. Por eso, como Católico, quedaba

asombrado, como del estallido de un trueno, de solo el eco de la eternidad, é invocaba al Señor en su auxilio con decir: Jesus mil veces, como que él solo es camino, verdad y vida para salir con bien de tan horrendo peligro.

Esa eternidad que es consecuencia de la muerte, y la incertidumbre de esta, fueron los estímulos que infundieron en su alma el mas serio desengaño para resolverse á abandonar del todo al Mundo, y desde entónces puso el mayor empeño para desenredarse del laberinto del Comercio y dependencias de la Tienda; pero manejaba sus designios con tal sagacidad y prudencia, que nadie pudo penetrarlos. Ya libre de tan pesados grillos, entró en una congojosa especie de confusiones y dudas sobre el estado que eligiria para hacer cierta la vocacion divina; y conociendo que aun esa misma libertad y eleccion podria fabricarle su ruina, pensaba sojetarla mejor en las prisiones de la obediencia en una Religion austera: para esto se le representaban varias en que habia admirado las virtudes heroicas con que todas, por sus Institutos, hermocean el pensil místico de la Iglesia; y aunque deseaba profesar la mas rígida, esto no sosegaba, si no que transferia la duda á otra mas ceñida, pero no ménos dificultosa, porque temia que echando su esperanza al mar, sus riquezas al fondo, y con todas ellas su alvedrio, podria dar en una roca en que todo lo perdiera. Trataba este negocio con el mismo Señor, que se lo dictaba, y en su continuo silencio, acrecentaba las limosnas, Misas y penitencias, pidiendo oraciones á las almas que veneraba por mas fieles y devotas, para que su Magestad se dignara de darle luz

para el acierto en tan importante resolucion. Era grande y muy antigua la aficion que le tenia á la Orden Seráfica, y en sus actuales congojas, su humildad, desnudez y pobreza, tenian mucho atractivo de los deseos y afectos de su alma, por eso se acordaba vivamente de la exemplarísima austeridad de los Padres Capuchinos de España; pero esta memoria no se conformaba con las ansias urgentísimas de su espíritu, y eficacia de sus inspiraciones. Entre tantas dudas, vino á buscar el acierto en el consejo, y reveló el secreto de su interior á una alma muy espiritual y que él veneraba por virtuosa, y habiendo ambos pedido á Dios sus luces para conocer su voluntad divina, después de sus devotas imprecaciones, convinieron: en que saber con certidumbre á qué parte de la Religion Seráfica le llamaba Dios, no era dable sin recurso á otra particular y maravillosa providencia, y sería querer tentar á su Magestad solicitarla; pero que atendidas las circunstancias de su llamamiento al estado Religioso, parecia acertado no buscar otro puerto que el de la Cruz, entrándose en el Colegio de Misioneros Apostólicos de esta Ciudad, y como esto era lo mas proporcionado á sus fervorosos anhelos, se informó muy por menudo de todas las estrecheces del Instituto y regimen interior de la Comunidad, y se resolvió desde luego á abrazarlo.

Pero como aun los secretos parece que se cansan de vivir siempre encerrados, se debió de traslucir la dicha resolucion, y hubo Don Miguel Antonio de padecer la tentacion de otros nuevos contrastes, pues algunas personas Eclesiásticas que eran de su estimacion, le hablaron sobre el punto, y no con torcida intencion, y ala-

bando con encarecimiento su eleccion del estado Religioso, le expresaron no ser de dictamen que la practicase en el Colegio, por considerar que su fundacion era planta nueva, y que aunque se veia caminar con fervorosos y apostólicos exemplos, si por algun accidente viniese á faltar, se hallarian frustrados sus deseos, y ya no sería fácil pasar á lograrlos en algun Convento de los de España. No entraba en esta consideracion la reflexa de que aunque faltara el Instituto Apostólico, siempre quedaba un Convento Recoleta que habia sido de mucha edificacion para todo el Mundo antes de erigirse en Colegio, por lo que solo sirvió para diferir mas de un año el cumplimiento de una vocacion que calificaban verdadera ellos mismos.

Llegóse por fin el tiempo que Dios tenia determinado, y conoció Don Miguel Antonio que habia sido todo trazas del comun enemigo, que permitió el Señor para asegurarle en sus buenos propósitos, y se confirmó en ellos de modo, que afirmaba muchas veces, que aunque hubiera sabido de cierto que el Colegio se habia de acabar, por estar entre tantos Justos un pecador como él, no mudaria su paz y sosiego interior, ni tampoco su estado, aunque se trastornara todo el Mundo. Con estos fervores comenzó á ensayarse en las austeridades que le habian informado habia de practicar de Novicio, y según declaró un paisano y confidente suyo, su cama era una mesa desnuda, durmiendo en ella vestido, sus ayunos continuos, y doblada la mortificacion de las disciplinas y cilicios: para tener á raya sus sentidos y apetitos, velaba en el recogimiento interior, qual necesita una oracion fervorosa, y con estas ventajas, tenia ya prevenido lo mas

áspero y penoso de su Noviciado; y facilitados los medios para tomar el santo Hábito, llegó al suspirado logro de sus ardientes deseos.

De su hermoso galante Adonis cantan los Poetas, que despues de muerto fue transformado en una purpurea rosa, mitología que se vió moralizada en el dia que muerto al Mundo se sepultó en los estrechos Claustros del Colegio Don Miguel Antonio: aquella tarde, compuesto de gala con sus mas ricos vestidos, y montado en su generoso Caballo, pasó todas las calles y plazas de la Ciudad, obstentándose un gentil Adonis, en quien se competian lo hermoso, gallardo y Caballero; pero toda esa vanidad era solo un afectado disimulo con que le pareció disfrazar el fin de sus intentos; solo á la persona que le habia alentado en su vocacion, y de quien tenia experiencia de su virtud y fidelidad, le hizo la última visita, y agradeciendo sus buenos oficios, enternecido le dixo: «Del Mundo salgo para el Cielo sagrado de la Religion, y del Cielo de la Religion espero salir para el Empireo.» Y quitándose las preciosas sortijas que llevaba en los dedos, las tiró al suelo, y tambien un delicado pañuelo que usaba para el sudor del rostro, y desde allí se fue en derechura al Colegio.

Entró por la puerta que mira al campo, y apeándose, le entregó á su Page el Caballo, y una Carta que llevaba cerrada, para que la diera al correspondiente y paisano suyo, que dexaba en su casa: apenas vió cerradas las puertas, se postró en tierra, y con abundancia de lágrimas se regocijaba de verse ya en la casa de Dios, y fuera de las redes del Mundo. Los Religiosos le recibieron gustosos, y edificados de sus tiernos afectos; y

conduciéndole al Noviciado, le dexaron solo en el Oratorio. Allí soltó los diques á su corazon, y con avenidas de lágrimas, postrado ante un Santo Crucifijo, le derramaba todo en accion de gracias y agradecimientos por tan grande beneficio: lloraba de nuevo sus ingratitudes, y mirándose indigno de estar en la compañía de sus fieles Siervos, le pedia humilde purificara su alma de todos sus pecados, y que admitiera la víctima ó sacrificio que le hacia de su persona, estado y alvedrio.

El dia veinte y nueve de Septiembre del año de mil seiscientos y noventa, á los treinta y un años de su edad, fue admitido al santo hábito, y aunque los Religiosos habian meditado el que atendida su capacidad, discrecion y prudencia, con poco cultivo despues de profeso, pudiera ser un Ministro útil para las tareas del ministerio, y por eso le propusieron se lo darian para el Coro; pero él con invencible humildad lo resistió, protestando que solo venia al Colegio con el fin de ser Esclavo de todos, y así, suplicó le admitiesen como á tal, en el humilde estado de Lego: con esta misma ingenuidad pidió que le diesen el hábito en hora desprevénida, como fue la de Prima, y á puerta cerrada: todo se le concedió por su consuelo, que lo tuvo en evitar aplausos humanos, pues en la realidad, hubiera sido muy numeroso el concurso, porque despues, en tropas subia lo mas lucido de la Ciudad, por ver un acto que todos tenian por heroico y de singular edificacion y exemplo.

Concluido, se volvió Fr. Antonio, que ya se llamaba así, al Oratorio, y rompiendo sus ojos el llanto, le decia á Christo crucificado: «Ya, Señor, me veo despojado de todo lo

que es Mundo, solo me falta despojarme de mí mismo: esto Vos lo habeis de hacer, pues nada por mí solo puedo: no miréis mi indignidad, sino mis deseos. Ya que me haceis lugar entre los Hijos de la Cruz, dadme la dicha de vivir siempre con Vos erucificado. No volvais los ojos á mis juveniles años, mas marchitados que floridos. Atended solo á los que me restan de vida, que deseo consagrar en las aras de una dolorosa penitencia.» Comenzó desde luego la práctica de sus santos propósitos con una confesion general, habiéndosele señalado para Padre y Director espiritual, el V. P. Fr. Francisco de Fructos, Varon extático, y grande Maestro de espíritus; y para que sus fervores fuesen arreglados á la prudencia de tan experimentado Confesor, le hizo absoluta entrega de su alma, sin reservar en su voluntad ni aun leve aficion de cosa que pudiera parecer propia.

Así fue necesario para moderar los ardientes deseos con que quisiera ejercitarse en todo género de mortificaciones penales, y fue preciso templar la abstinencia que habia determinado para no tomar mas que pan y agua, imponiéndole el que comiese de las pobres viandas de la Comunidad, aunque con ellas mismas podia dexar mal satisfecho el apetito: que el descanso del sueño fuera de quatro horas, lo que observó toda su vida: que el uso de las disciplinas y cilicios, sobre lo comun del Noviciado, fuese conforme al parecer de su Maestro, por lo que todas las austeridades religiosas se le hicieron sumamente suaves y llevaderas; y como cada dia hacia mas baxo concepto de sí mismo, obraba en todas las haciendas de las oficinas que le ordenaban, con gus-

tosa diligencia, y con zelosa codicia anhelaba por los mas trabajosos y humildes officios, alegando la obligacion que tenia de servirlos, como que él era el Esclavo de todos.

Pero sepultado entre tantas espinas, era natural que brotara una rosa, y fue así, que de la mudanza del vestido ó aspereza del hábito, se le desolló la piel, quedando escoriada la superficie; y como se inflamaba con la aspereza de los cilicios y golpes de las disciplinas, le resultaron muchas y enconosas llagas, que no solo le mortificaban con intensos dolores, sino que penetraban su corazon y con turbaban su espíritu, porque de varios modos le representaba su aprehension en ellas mismas frustrada su vocacion y malogradas sus fervorosas ansias. Crecia mas esta congoja, al ver que algunos Religiosos le declaraban en estado tan deplorable, que habian formado grave escrúpulo en darle los votos para la profesion, pues si las llagas fueran, como sospechaban, de maligna qualidad, por fuerza le habian de impedir el cumplimiento de las obligaciones esenciales de la Regla, y de los laboriosos ministerios de la profesion de Lego. Muy oportuna era para los designios del Demonio esta meditativa repulsa, y para darle mayor eficacia, se empeñó en apurar por sí mismo, y acabar, si pudiera, con las fuerzas naturales del afligido Novicio, y sin afloxar en las interiores sugestiones con que atormentaba su espíritu, fatigaba con pesadísimos y continuos golpes su debilitado cuerpo; pero no sacando sino confusion de su malicia, é irritado de su constancia, intentó una noche arrojarle desde la varanda del Coro al pavimento de la Iglesia.

Pruebas eran estas, preparadas

por la soberana Providencia, para acrisolar su alma, y confirmarla en el espíritu de humildad y abnegacion de las vanidades y riquezas del siglo con que la habia inficionado su amor propio, y á vista de su ánimo conrito, ella misma le sacaba de los peligrosos estrechos en que la ponía. Con este auxilio, aun en el centro de sus interiores aflicciones y penosos dolores respiraba su confianza, y animada de los sentimientos y mociones que tenia profundamente gravadas y esculpidas en su ardiente corazon, se desahogaba escribiendo á una persona, y diciendo: «Llagado y enfermo de mis dolencias, se acogió la nada mia al amparo de la gran Señora en su casa Real, donde he hallado lo que omito, porque ya se sabe, todo benéficos, todo favores: estos me encogen y aniquilan, mirando mis deméritos. Lloro confuso, y mis lágrimas ofrezco: són del corazon, que no es mio porque se lo tengo dado: ¿Pues qué os he de dar, Señora y mi Señora? Una pureza de vida y costumbres, cuyos efectos digan soy vuestro y no mio, para que sea conocida esta verdad de todas las criaturas celestes y terrenas: esto lo habeis de hacer Vos, gran Señora, porque ya es causa vuestra, y sabeis que soy Siervo y Esclavo de vuestra Imperial Casa: hasta los Demonios lo saben, sin esperanza de poderme ofender. ¡O dichosa suerte la mia! ¡O dichosa y muy dichosa mi suerte!

Fortalecido de tan alta soberana proteccion, se resolvió el angustiado corazon de Fr. Antonio á superar todos los fuertes obstáculos que parecian invencibles para dar paso á su profesion, y pidiéndola con humildes ruegos y afectuosas lágrimas, queda-

ron al mismo tiempo, con un admirable y desconocido modo, curadas perfectamente sus llagas, y desvanecidos de la vista de los Religiosos los graves impedimentos que se la imposibi-

litaban, á la manera que en el tránsito del mar Rubro se les representaban á los ojos de los Israelitas oposiciones de tanto peso, que solo podian vencerse con milagros.

## CAPITULO XIX.

*Profesa Fr. Antonio con singular edificacion, y los primeros destinos en que le puso la Obediencia.*

**T**IEMPO aceptable y dia de su salud pudo llamar Fr. Antonio al de su religiosa profesion, pues amaneciendo risueña su Aurora, vió en él cumplidos sus deseos, y que aceptando el Señor sus votos, le infundió la saludable medicina de sus mortales dolencias, y le auxilió con particulares gracias para la consecucion de las virtudes y perseverancia en las buenas obras. Conocia que toda esta mudanza era de la diestra del Excelso, que dirigia todos los medios al logro de sus anhelos, y así se preparaba para hacer su profesion con los mayores esmeros de fervor y piedad. Quizá por eso pidió se le difiriese hasta el dia de N. S. P. San Francisco, y fue como presagiosa providencia, pues en él lo aplaude la Iglesia como á un nuevo Colegial del celestial Colegio, como á una nueva flor del Jardin de los Santos, como á un ínelito Vencedor, que sujetó á la ley del espíritu las arrogancias de la carne, y venciéndose á sí mismo, venció al Mundo y á los vicios.

Para satisfacer á los piadosos deseos de los nobles Ciudadanos, y que todos vieran que el renunciar al Mundo, sus riquezas y vanidades por seguir á Christo, es aquel suave yugo que enseña el Evangelio, y que el camino de la Cruz es el del Cielo, se

dispuso que fuese la profesion á las quatro de la tarde, y atraído de la novedad y de los respetos, se juntó en la Iglesia del Colegio un numeroso y lucido concurso, á cuya vista se presentó el Novicio, aunque su corazon estaba preocupado de otros muy distantes y generosos afectos: á su tiempo renunció hasta el propio nombre de Miguel Antonio Bustamante con que era conocido, para que no le quedara nada por donde pudiera conocerlo el siglo, y conservando el de Antonio que tenia desde el Bautismo, y la viva devocion del Príncipe Gloriosísimo San Miguel, le invocó, para que le defendiera con todas sus celestiales Milicias, y así, quisó que fuese su nombre Fr. Antonio de los Angeles, renunciando tambien el apellido de Bustamante, para dar al olvido toda la nobleza mundana, pues no queria mas hidalguia que la de la pureza angélica. Puesto de rodillas á los pies del Prelado, hizo en sus manos la solemne profesion, prometiendo á Dios de guardar la Regla Seráfica todo el tiempo de su vida, y fue con tal mocion de su espíritu y gozo de su alma, que se le revertia al rostro la alegria, pareciendo á todos como de un Serafin su cara, porque en una gravedad modesta, veian inundados de consuelo todos sus sentidos, y así, estaba

el concurso como absorto, con los semblantes mudos, y admirados, saliéndoseles á muchos las expresiones del corazon por los ojos. Luego que Fr. Antonio de los Angeles vió perfeccionada una obra que tantos afanes, cuidados, oraciones y mortificaciones le habia costado, dió por bien empleado todo su caudal y fortuna, por la posesion de tan preciosa margarita, pareciéndole de muy corto valor sus trabajos y bienes renunciados, por las grandes usuras que ganaba en el Cielo, y verse ya puesto en la senda que con seguridad conduce á las verdaderas riquezas y felicidades eternas. Pareciale hallarse en otro elemento, reconociendo en su interior los admirables efectos que causa en el alma la profesion Religiosa, y con nuevos fervores renovaba los propósitos de corresponder toda su vida á tan soberanos beneficios: sentia en su espíritu la gracia que le facilitaba el ejercicio de las virtudes, y mas de las que eran propias para el exácto cumplimiento de las obligaciones de su estado; y como la de la humildad es característica de un Religioso Lego, desde aquella se consideraba como un Esclavo de todos los Religiosos, y ponía todo su conato en reverenciarles, obedecerles y servirles como Amos y Señores suyos, sin que hubiera oficios, por muy baxos y humildes que fueran, que él no executara con prontitud y gusto, juzgando que se le hacia un gran beneficio quando le ocupaban en lo mas trabajoso ó abatido.

Conservaba con religioso estudio todas las observancias que se le habian enseñado en el Noviciado, y no omitia ni aun la mas mínima á título de profeso, por lo que toda su vida parecia un Novicio en la modestia, mortificacion de los sentidos, ren-

dimiento y obediencia á todos. Eran sus penitencias personales austerísimas, para tener siempre á raya sus pasiones, pues como aguerrido en las batallas y continuos asaltos de los enemigos de su alma, sabia por larga experiencia, que el Mundo no hace la guerra sino con figuras que breve pasan, y hacen ver ser vanas y fantásticas todas sus aparentes glorias, y por eso para vencerle no es necesario mas que despreciarle: conocia que el Demonio, aunque sea un Leon rugiente que rodea la alma para devorarla, es su poder tan limitado, que necesita que ella le dé consentimiento para que llegue á lograr sus astucias: solo al enemigo de su propia carne le temia, horrorizado de que sus insultos son tan alevosos, que ni un punto se descuidaba en tenerlo sujeto á las leyes de su espíritu: á este fin, era exáctísimo en el cumplimiento de todas las austeridades de la Comunidad y del Instituto, añadiendo otras crueles mortificaciones, y siempre vivia receloso de este enemigo doméstico.

Con tan cuidadoso afan, tuvo una noche un sueño, en que le pareció que se hallaba en un espacioso aunque despoblado camino. Fixaba por él sus pasos trémulos, por considerarse solo, á tiempo que volviendo atras el rostro, vió venir en sus alcances tres formidables mastines, que en los ladridos y ademanos, daban muestras de querer despedazarlo. Advirtió, á pesar del susto, que dos de los brutos feroces quedaban atras como una larga quadra, por mas que esforzaban la carrera, pero el tercero le acrecentó los temores, porque le reconoció tan cerca, que tuvo por cierto sería lastimoso destrozo de sus iras: en medio de tan congoxoso aprieto, le depará la dicha un árbol muy en-

cumbrado y frondoso, en cuya eminencia subido, se vió libre del amenazado riesgo. Despertó lleno de sustos el corazon, y levantándolo á Dios, como lo tenia de costumbre, tuvo clara inteligencia en lo interior de su alma, de ser el Mundo, Demonio y Carne aquellos tres enfurecidos mastines: que al Mundo y al Demonio los dexaba atras, por el nuevo estado que habia profesado, aunque siempre procurarian perseguirle; pero el enemigo de la Carne, como tan doméstico, le haria muy de cerca toda su vida, cruda guerra. El árbol eminente y frondoso, se le dió á entender era la Religion Seráfica, en donde perseverando firme en sus propósitos, se veria libre de los dientes de estos rabiosos enemigos.

No hay duda que muchos sueños que parecen de Dios, proceden de causas naturales, porque representando en ellos la fantasia al que los tiene, lo que mas le conviene hacer ú omitir para el fin que desea, por el mismo sueño se continúa su consideracion, y muchas veces se representan en él los medios mas oportunos para lograrlo; y como estos sean conformes á los buenos propósitos que tiene el alma concebidos, es fácil persuadirse á que Dios ó el Angel se los dictaron. Para discernir estos sueños, enseñan los Doctores Místicos, que en los que interviene una sincera humildad, mayormente en todas las cosas que unen á la alma á Dios solo, con un puro, desnudo y castísimo afecto, no hay que recelar engaño, pues el principal discretivo signo de ser de Dios los sueños, es quando les antecede ó acompaña y sigue una humildad profunda.

Sobre este sólido fundamento, al siguiente dia le comunicó Fr. An-

tonio á su Confesor lo que habia pasado en el sueño, y no lo que de él habia entendido estando ya despierto. Tenia su Padre espiritual, sobre una gran práctica é instruccion en las materias de espíritu, un íntimo conocimiento del de Fr. Antonio, pues le habia dirigido desde el Noviciado; pero con una circunspeccion prudente le respondió: «que diria Misa, y en «ella le pediria á Dios que si en el «sueño se ocultaba algun misterio, les «diese luz á entrambos para descifrarlo.» Puesto en la voluntad de Dios el negocio, á la noche le dixo el Padre á Fr. Antonio: «Páreceme «que aquellos tres mastines son los «tres enemigos del alma, y que la Carne es la que le ha de ocasionar mas «de cerca los mas duros conflictos: que «el árbol era símbolo de la Religion.» Así convinieron Maestro y Discípulo en una misma interpretacion del sueño, y lo tuvieron como aviso y prevencion de la cruel guerra que toda su vida le habia de hacer á Fr. Antonio su propia concupiscencia. Con esta misma lid, ocurrió muy urgente causa para faltar el Limosnero de la Ciudad, y confiado el Prelado en la madurez y profunda humildad del nuevo Religioso, le mandó que saliese con la alforxa al hombro á pedir la limosna, y no obstante que conocia la vergonzosa repugnancia que podía costarle parecer en el siglo pidiendo como un pobre Lego, el que poco antes tenia las obstentaciones de noble, liberal y rico; pero si era verdaderamente humilde, tambien habia de ser obediente, para corresponder á los impulsos de la divina Providencia que lo ordenaba. El criar Dios á un tiempo, y como animales de un semejante designio á las Aves y á los Peces, parece fue para darles aquellos natura-

les remos que les facilitan romper y dividir los ayres y las aguas. El vuelo de las Aves, es una especie de navegar en un licor sutil: la facultad de navegar en los Peces, es la de volar en un denso elemento; pero el mismo Autor que hizo estas semejanzas ó conveniencias, las diferenció, produciendo en los Peces un profundo silencio, y dando á las Aves canoras voces, para que unos y otros anuncien las grandezas de su Supremo y Sabio Criador. A este mismo nobilísimo fin destina en su vocacion á los Religiosos, para que á un tiempo, como Aves místicas, vuelen por el Mundo, rompiendo los vientos de sus inconstantes felicidades, y como mudos Peces naveguen en los silencios espirituales de sus Claustros, para alabar con sus palabras, y admirar con accion de gracias la infinita sabiduría de que las obras del Omnipotente estan llenas, cooperando á los destinos á que les llamó en la Religion su alta Providencia.

Volaba por la Ciudad el humilde Limosnero, rompiendo los vanos vientos de los aplausos que muchos daban á su buen exemplo; pero siempre iba, como mística Ave, en cruz, porque llevaba en su cuerpo la mortificacion de Jesus, y en su espíritu á Jesuchristo crucificado: pedia limosna por el amor de Dios, y él la daba á las almas con oraciones y palabras edificativas: de forma que era el pasmo de todos, viendole cubierto de una mortaja, cargado de una alforxa, sonrojado de verguenza y abatido en su propia nada, quando poco antes le admiraban rodeado de lisonjas, galas, honras y riquezas; por eso era eloquente su exemplo, pues á todos les predicaba desengaños, y les estimulaba á bendecir las eternas mi-

sericordias del Señor, que de entre ellos mismos habia sacado aquel hombre, que algun dia sería confusion suya, si, como él, no reformaban el lujo y relaxacion de sus vidas.

Advirtiendo los Prelados el grave quebranto que era para la salud de Fr. Antonio el conducir acuestas la limosna hasta el Colegio, le pusieron un Jumentillo para alivio, y fue doblarle motivos á su memoria, para humillarse en el conocimiento de sus orgullosas vanidades, con que se ostentaba en las mismas calles de Querétaro. Andaba por ellas con el cordel en la mano, y encontrándolo una ocasion el P. Lect. Fr. Angel Garcia Duque, que entónces era su Confesor, le dixo: «Hermano Fr. Antonio, ¿ese el Caballo blanco que dexó en «el siglo?» Y le respondió: «Ha Padre de mi alma, plegue á Dios que «en los abatimientos de este despre- «ciable Jumentillo, pague yo en esta «vida las locuras de aquel soberbio «Caballo: por aquí vine muchas veces haciendo mal al Caballo, y mayor mal á mi alma, y por las mismas partes que anduve, quiere Dios «vaya haciendo mal á mi cuerpo: «quien tal hizo, que tal pague.» Á este modo fueron otros muchos los lances de que sacaba mayores desengaños en los abatimientos que le ocasionaban su ocupacion y su estado, pues en uno y otro exercitaban su humildad, los recuerdos que varios le hacian de sus pasados devaneos y presuntuosas caballerías.

No fue dilatado el tiempo que la obediencia lo tuvo de Limosnero, pues la Providencia, que gobernaba sus pasos, lo sacó de aquel voluble elemento, y puso en otro mas sólido, para que volando en la caridad del próximo, no perdiera de vista su sus-

pirado centro. Bien quisiera segun sus deseos, vivir en lo mas recóndito del Colegio, y aun en perpetua clausura, como lo solicitó con los Prelados, pidiendo le permitiesen hacer voto de ella, para huir de las honras y estimaciones que le hacian los Señores, y de los aplausos que le daba el Pueblo; pero como estos afectos debian arreglarse á los resortes de la obediencia, y segun los impulsos á que el Señor los movía, ciegamente se rendia á la voluntad del Prelado, sujetando en todo sus apetitos y propio discernimiento. Así lo executó, mandándole que cuidara de la Portería del Colegio. Recibió el siervo de Dios este mandato con tanta humildad de espíritu, que en varias ocasiones explicó los interiores sentimientos de su alma, diciendo: «Si me diesen á escoger las llaves de San Pedro de «Roma, ó las del Colegio de la Cruz «de Querétaro, eligiera estas últimas: «porque en aquellas peligraba la humildad, que no tiene tanto riesgo «entre los abatimientos de un pobre «Portero cargado de remiendos. Aún «que es verdad, que si al pobre Lego «no le ayudan con sus oraciones y «buenos exemplos sus Hermanos, también puede perderse: que muchos navios han zozobrado en el Puerto, y debaxo de las cenizas se apaga el fuego y carbon, si no se conserva entre otras asquas encendidas.

Extraordinario enteo parece, que fue la particular devocion que desde Novicio le tuvo Fr. Antonio al Héroe de la Caridad con los pobres, el Glorioso San Diego; pues el Prelado que le dió el hábito y profesion, que era igualmente docto y piadoso, á varios Religiosos les dixo: que parecía Fr. Antonio hecho en el molde de San Diego: y no salió vano

su dicho, quando al verse con las llaves de la caridad en las manos, puso todo su esmero en seguir las mismas huellas del Santo. En él, como en un espejo se miraba, para retratar en sí sus acciones, sacando de los bosquejos del prototipo una imagen muy propia, y para avivar mas la imitacion, tenia en la Portería una Estampa suya, con esta maxima: «El que «quisiere imitar á San Diego de Al- «calá, procure tener como él perfecta «caridad.» A la perfeccion de esta soberana virtud aspiraba, pidiéndole continuamente al Señor que se la concediera, y poniendo los medios mas eficaces para merecerla, repartía á los pobres la limosna con la alma llena de un incendio amoroso, que le hacia salir al rostro sus llamas; y considerando en cada pobre un Angel, disimuladamente se ponía de rodillas, para reverenciar en él un Angélico Espíritu.

De esta consideracion realizaba los esmeros de servir á los mendigos, elevándola á ver en cada pobre á Jesuchristo; y con tan religiosos afectos se atareaba en la Cocina en disponer su olla, que junta con lo que sobraba á la Comunidad, la sazónaba de su mano, y muchas veces con el sudor de su rostro, haciendo que la frugalidad de la vianda, les gustase á los pobres como una mesa opípara. Era su caridad discreta, y conocia hasta qué grado llega la miseria de los que habiendo gozado de la abundancia, caen en total indigencia; y así prevenia para estos vergonzantes pobres, que nunca le faltaban, en una pieza del Claustro, una pobre, pero decente mesa, en que de lo mejor de la comida socorria su necesidad, y evitaba el rubor que podian tener en pedir limosna, ó en remediar su ham-

bre entre los pobres mendigos. Era también tan oficioso con todos, que aunque estuviese retirado gozando las delicias que su espíritu tenía en la contemplación divina, parece que prefería á ella el amor del próximo; pero como éste y el de Dios, naen de un amor mismo, aun quando estaba mas recogido en la oración, si llamáse á la puerta alguno, luego acudía solícito, y arrancaba de su centro á su alma, para salir á responder á la importunidad, ó á la ligereza que lo llamaban, y sin perder la paz interior de ella, satisfacía á todos con agradable modestia.

En tres tiempos del día repartía la limosna: por la mañana, de lo que había sobrado en la noche, y á la tarde de lo del medio día, pero en este era muy numeroso el concurso, por lo que, para evitar sus acostumbrados atropellamientos, los hacía poner en orden, y despues de rezar la Doctrina Christiana, les repartía los mendrugos del pan, y por su mano les iba llenando sus escudillas, pero con tal aseó, serenidad de ánimo, y júbilo de su corazón, que ninguna importunidad de las geniales en tan grossera gente, era capaz de inmutarlo, ni hacerle perder el tono de su interior sosiego; por lo que viendolo un día el Señor Marqués de Altamira entre los cazos, con el mandil y rodeado de los pobres repartiendo tan gustoso su limosna, lleno de edificación y ternura decía: »O buen Fr. Antonio, quién te vió y te ve! quién te conoció en otro tiempo, y ahora te ve como yo te veo!» Eran estas exclamaciones, por haberlo conocido y visto en sus floridos años, Narciso bello, enamorado de sí mismo. Mas calificado testimonio de la humilde caridad, animada de las interiores mo-

ciones del espíritu de Fr. Antonio, dexó de su letra el V. P. Fr. Antonio Margil, Prelado, Confesor y Compañero en sus espirituales ejercicios, diciendo: »su gloria era su comunión con Christo en todos sus próximos los hombres, mirando á Jesu-christo en cada uno de ellos: de aquí la compasión con los enfermos, que venían á pedir confesion, ó Confesor &c: de aquí el cuidado y cariño con los pobres, mayormente á los de su Portería, en quienes miraba á Jesus pobre: por eso cuidaba tanto de la olla de los pobres, y de buscar para sus pobres: en su interior todo era para su pobre Jesus, en sus pobres: por eso les administraba de rodillas la comida, porque como solo miraba á Jesus, se hallaba indigno de administrar ni servir á Jesus: esto es, gozaba de Jesus sirviendo á Jesus en todos sus miembros, particularmente los flacos, pobres y enfermos, como si miráse al mismo Christo en ellos; y como los Angeles servían en el Desierto á Christo, así nuestro Angel &c.

Ni solo los vergonzantes y mendigos que venían á la Portería, eran los que recibían alientos en el calor de su caridad, porque esta solicitaba á los que se escondían, por ser Viudas y niñas Doncellas, pobres inválidos y abatidos, y luego que sabía sus necesidades, ya con ruegos, ya con Cartas, solicitaba Bienhechores que las socorrieran. El único día que cada mes salía del Colegio para ajustar las cuentas con el Síndico, prevenía la alforja de pedazos de pan, algunas tablillas de chocolate, y quanto alcanzaba su industria y les pedía á los Prelados, y se entraba en la Carcel, para dar algun alivio á los desvalidos, enfermos y forasteros, y despues

repartía á todos el pan de la Doctrina en santos consejos, y los exhortaba á que aplacaran la Justicia divina con el santo Sacramento de la Penitencia, aprovechando sus trabajos en satisfacción de sus culpas.

Evidente prueba del amor que el Siervo de Dios tenía á los desamparados, fue la caridad que exerció con un pobre tullido lleno de envejadas, encostradas y asquerosas llagas, que arrastrado en un carreton por las calles mendigaba su sustento. Era Prelado del Colegio el V. P. Fr. Antonio Margil, que movido de compasión lo abrigó en una Celda, en donde Guardian y Portero consideraban aquel Varon de dolores, como viva imagen de Jesuchristo llagado por nuestras iniquidades, y abatido por nuestros pecados, y con tiernos afectos se esmeraban á porfia en lavar sus corrompidas úlceras, sacar sus gusanos, y emplear en su alivio ojos, manos y lenguas, siendo para ellos el objeto de sus delicias, en todos los ratos que les permitian sus obligaciones, y en todo el tiempo que tardaron en cerrarse las llagas. Con tan agradables bálsamos, y suaves lenitivos, llegó el miserable á limpiarse de las llagas del cuerpo, y con las amorosas exhortaciones de tan zelosos enfermeros, de todas las de la alma, hasta que su debilidad y accidentes le quitaron la vida, dexando fundadas esperanzas de haber logrado por los Santos Sacramentos una feliz muerte.

Concurría la divina Providencia en crédito de la confianza que el piadoso Portero tenía en ella, para el socorro de sus pobres, y aunque su humildad reservó muchos casos en el secreto de su corazón; pero no pudo hacerlo con uno, que siendo admira-

ble por sus circunstancias, le pareció ser conveniente para honra y gloria de Dios el descubrirlo. Un año en que la escasez de los víveres, lo hizo llamar de la hambre, había muy poco pan en el Refectorio, y así era muy corto para los pobres el alivio, y abriendo un día la puerta halló tantos que lo estaban esperando de todas edades y sexos, que le affigieron el corazón demasiado: volvió á cerrar la puerta, y su misma congoja le trajo á la memoria el prodigio en que Jesuchristo hartó la hambre de cinco mil hombres con solo cinco panes; y avivando la fe de la Omnipotencia divina, se postró de rodillas, é impetraba la divina misericordia diciendo: »Señor Omnipotente, el mismo eres ahora que erais aquel día de los cinco panes en el Desierto, mirad por vuestros pobres: dad Vos hoy el pan, que Fr. Antonio se retirará á su nada, y haciendo la señal de la Cruz sobre el canasto, abrió la puerta.» Fueron acudiendo al repartimiento del pan mas de trescientas personas, y todavía le sobraron muchos pedazos, que llevaron los que venían de nuevo, con lo que quedó mas consolado el Limosnero, que aun los hambrientos socorridos.

Un Republicano depuso con juramento, que habiendo visto á Fr. Antonio absorto puesto los ojos en el Cielo, y el canasto de pan vacío, advirtió, que dos Niños tiraban de él para coger las migajas, y tocándole el hombro le dixo: ¿Qué hacemos? y él vuelto en sí le respondió: aquí estoy repartiendo la limosna, y al apartarse de allí quedó pasmado, viendo que el canasto vacío estaba lleno de pedazos de pan muy blanco, de los que fue Fr. Antonio repartiendo á los pobres, y el hombre hizo recuer-

do de haber oído decir muchas veces que el pan crecía y se multiplicaba en sus manos, de lo que ya eran testigos sus ojos. Otros dos calificados sugetos repararon, que del cazo del caldo, despues de haber llenado las escudillas de los pobres, no se conocia rebaja, quedando á la vista llenos para proveer de nuevo á otros muchos: lo que les causó no ménos ternura que edificación.

Siendo su Prelado el V. Padre Margil, le dió ámplio permiso para que socorriera todas las necesidades que viniéran á la Portería, de las limosnas que los Bienhechores daban para el Colegio: y haciéndolo así, se le oyó decir varias veces, «que parecía que el Guardian y el Portero contentían á porfia con Dios nuestro

»Señor, sobre quien se cansaba primero, si Dios en enviar socorros al Colegio, ó ellos en darlos por Dios á los pobres, y que siempre el Señor salía vencedor en la apuesta.» ¿Pero qué mucho, si esa confianza son las troxes en que Christo depositó el pan para sus Apostóles y demas Apostólicos Varones? Pues ella es la nave del mercader, que trae pan de las mas remotas regiones: y primero faltará el Sol para fecundar los campos de trigo, que le falten á esa confianza los necesarios sustentos. Eran estos socorros el pábulo de su caridad, que lo traía como absorto, y quando socorria al hambriento, le daba otra limosna á su alma; porque se retiraba luego á pedir al Señor le asistiese con su divina gracia, y que no se perdiera.

## CAPÍTULO XX.

### *Humildad y paciencia del Venerable Siervo de Dios.*

**S**OLO la sabia y omnipotente diestra de Dios es la que puede mudar aquella naturaleza que desde la cuna le toca como en suerte á cada uno, en otra totalmente contraria, pues es en lo que mas se hacen ver las eficacias de su gracia. Saulo y otros muchos inclinados á acciones aunque no del todo culpables, llegaron con espontanea voluntad y prontitud á habituarse á las contrarias, conociendo ser mas convenientes á la virtud, y conformes á la razon, no obstante que para ejecutarlas violentaban su propia naturaleza, para cooperar con los auxilios de su inefable divina misericordia. La caballería, la gala, el honor, las riquezas, eran en el siglo las pasiones dominantes en el corazón de Fr. An-

tonio, y la suerte que juzgaba le habia tocado; pero toda se vió mudada trayéndolo Dios al Colegio, porque la modestia, la pobreza, el abatimiento y la indigencia, eran los objetos que amaba, y en que ponía toda la atención y cuidado: y como en la disciplina ascética es meliflua máxima, que tarde ó nunca se dá fondo en la humildad, sino por los rumbos de la humillación, puso todo su conato en su propio abatimiento, y en baxar de sí mismo hasta dar en lo mas profundo de la nada.

Por eso quando entraba en la Ciudad, y repasaba sus calles, hacia recuerdo de las vanas ostentaciones con que en ella se habia portado, y ansioso de hollar estas memorias, y borrarlas en cada huella, iba cubierto

de una mortaja, descalzo y pidiendo de puerta en puerta la limosna; la cargaba á sus hombros, ó la conducía llevando de la mano el cabestro de un jumentillo. De esa misma nada que en sí conocia, sacaba aquel rendimiento y atención con que á todos los recibía en la puerta, y siendo esta un pälénque, en que tornean con enorme variedad todo género de gentes, y especies de demandas, era incesante el ejercicio de su humildad y paciencia. Sin turbación ni ceño los oía á todos, y ocurriendo al Prelado para lo necesario, y confesiones que de dia y de noche piden, no siempre encontraba tan serenos los semblantes, ni dispuestos los ánimos de todos los que habian de ocurrir á lo que se ofrecía, que no sacase mucha mortificación de su oficio; cuyo impulso lo traía en continuo movimiento; pues siendo él solo para servir á muchos, y llamándolo á un tiempo por diversas puertas, unos para salir, otros para entrar, todos querían ser atendidos primero, vendando muchas veces con el enojo la demora, que tenían por descuido ó floxedad del Portero; pero ninguno lo vió jamás ni aun turbado, y mucho ménos que satisficiera con enfado á sus imprudentes cargos; porque siempre tenia á la vista el de que era esclavo de todos.

Sobre este fundamento de su propia nada cavaba cada dia, con tal humillación, que al cabo de tantos años parecía haber baxado hasta el profundo de ella, sin que le pareciera haberse hallado á sí mismo, ni al que habia sido en el siglo; porque persuadido de su baxeza, solo encontraba en sí un poco de polvo y de ceniza, y en los lances mas apretados, avasallaba con generosidad todos los impetus de la soberbia. Por sugestión del Demo-

nio, se persuadió una persona á que Fr. Antonio le habia interceptado una Carta, y arrebatado de la ira, se la pidió con voz imperiosa, conminándole que luego se la entregara: él le respondió con sumisión: que ni habia visto ni sabido de tal Carta, que se aquietara, porque aquella era tentación diabólica: no fue esto bastante para que al otro dia no se la mandara con el mismo modo é imperio: respondióle con la misma humildad y razon; pero tampoco se sosegó su turbada fantasía, y tercera vez, llena de furor, con semblante airado, le requirió que al punto le entregara la Carta, porque si no, sabia darles muchos palos á semejantes delinquentes. Entónces, inclinándose profundamente la cabeza, se hincó de rodillas, y besándole la mano, solo le dixo: Dios se lo pague. No fue esto para pedir á Dios venganza de tan repetidas injurias, pues como declaró al otro dia á su Confesor, que le preguntó si habia tenido alguna turbación, le dixo: que no, ántes sí que estaba en ánimo de pedir por él, como especialísimo bienhechor, á Dios, toda su vida: disculpaba su error, atribuyéndolo á sugestión del Demonio, y solo desfogó su enojo contra la obstinada malicia de este espíritu soberbio. Para cautelar sus astucias, vivía siempre advertido, con tener á la vista escrita la máxima de que no se desagrada el Señor de que reparemos los tiros del enemigo con nobles armas, que son humildad y paciencia, y por eso muchas veces decia: «Paciencia y humildad, y todo se vencerá» y como en el centro de su espíritu no hallaba de sí mas que la misma nada, aun escribiendo no producía otros conceptos que el interior desprecio que tenia formado de sí, por lo que el llamarse bestia y